

LA CUNA.

A la Sra. Felicitas E. de Cutiérrez Aranda.

PARA "ALBUM DE DAMAS."

Fué en verdad aquella tarde una total revolución en la casa y un ir y venir de médicos llamados por Teresa, y de los cuales oía la misma opinión: ¡¡Se muere!!

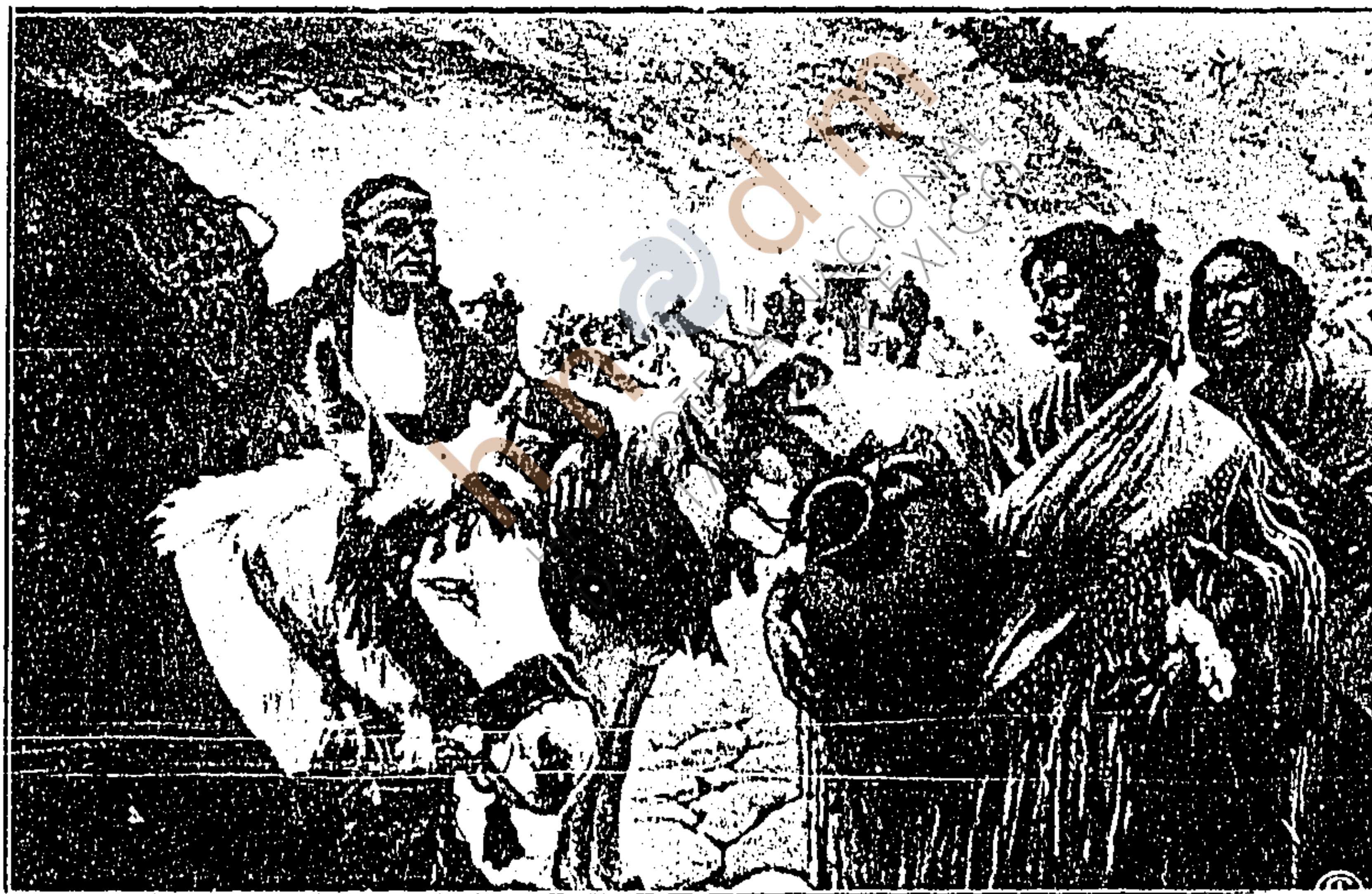
Y en efecto, poco á poco llegaba la muerte á cubrir el cuerpecito de la niña que se iba agotando en la cuna; la calentura subía; el pulso se aquietaba y en los ojitos se perdían las miradas tranquilas que en otras épocas hablaban de cariño á la madre que hecha una loca, imploraba la salvación de su hija, frente á la inutilidad de un médico que en vano repasaba interiormente consejos de la ciencia; ¡era el caso tan grave!

Al irse la niña al misterio, quedaría la casa en un estado de soledad tan grande y llegarían tantos dolores, que Teresa se martirizaba profundamente pensando en el desenlace y viéndose tan sola, pues Alberto, su esposo, el padre de su hija aún no regresaba del viaje.

Largas y atroces fueron aquellas horas de la agonía en que la muerte poco á poco se adueñaba del cuerpecito que momento por momento se enfriaba, con un frío mas intenso que el del hielo; lentamente bajaba la sombra de la noche envolviendo de misterio toda la casa, endonde se oía de continuo el sollozar lacrimoso de Teresa confundido con el estertor de la niña.

Por fin y después de horribles convulsiones, el cuerpecito quedó inerte en la cuna y junto á él, la mirada interrogativa de un doctor alto y seco comprendiendo su impotencia ante la muerte.

Después la llevada del cadáver al cementerio y la fiebre de Teresa; el silencio de



Los Gitanos en Granada por R. Deygas.

la casa y la tristeza de una mañana brumosa que deshacía en las calles los hilos temblorosos de su lluvia monótona y fría; la cuna desierta y flotando aún en la alcoba un vago olor de flores recién sacadas.

Alberto atendía á sus negocios mineros muy ajeno de la desgracia y la falta de medios de comunicación le hizo ignorar el desenlace de lo que él al partir á su viaje llamó una calentura cualquiera.

Cuando lleno de placer llegaba á la casa llevando entre sus bultos una muñeca para la niña; no sospechó en lo que había acontecido días antes y subió la escalera tarareando una música alegre que la pequeñita cantara de continuo, llenando con aquel son toda la casa de infantiles alegrías; llegaba Alberto al hogar después de las rudas fatigas por las que había pasado al prospectar vetas en montes desiertos y áridos, endonde se estrellaron muchas energías ante la desilusión de esperanzas fallidas; iba de nuevo al hogar á estrechar hondamente entre sus brazos los dos cariños que formaran el apoteosis de su vida de luchador, su Teresa y su hija.

Al llegar al corredor notó tristezas muy grandes puesto que las flores se habían acabado en los barandales y ya no había el continuo gorjear de los pájaros en las doradas jaulas, que se movían impulsadas por un viente glacial que tosía su asma entre los hierros.

Después absorto quedóse en la sala frente á Teresa que al verlo arrojóse llorando y entre sollozos le contó la desgracia, que cayó sobre él como el golpe rudo de una